







# TODO LO QUE ENCONTRÉ EN LA PLAYA

CHAI EDITORA



Cynan Jones

TODO LO QUE  
ENCONTRÉ  
EN LA PLAYA

Traducción de MATÍAS BATTISTÓN

Jones, Cynan

Título original:  
*Everything I Found on the Beach*

© Del texto, Cynan Jones, 2021

© De esta edición, Chai Editora, 2024

© De la traducción, Matías Battistón, 2024

Diseño de tapa  
Gonzalo Marín

Foto de tapa  
Lucia Iparraguirre

Corrección  
Juan Nadalini y Anna Ferrer

Diseño de identidad y colección:  
Lamas Burgariotti

Primera edición  
Julio 2024

ISBN: 978-84-127636-6-9

Depósito legal: M-9363-2024

[www.chaieditora.com](http://www.chaieditora.com)



Él dijo: “Soy un hombre”, y eso significaba ciertas cosas...  
Significaba que era mitad loco y mitad dios.

John Steinbeck, *La perla*





## Prólogo

El polaco vio cómo la luz se deslizaba por los portones de chapa y cogió el cigarrillo que su amigo le ofrecía, y los dos se pusieron a fumar como los demás, esperando el autobús y mirando cómo entraban los camiones. De vez en cuando sentían el olor repugnante del incinerador.

El ganado mugía del otro lado de las paredes, un sonido extraño y apagado que venía de los cobertizos.

Bajó la vista hacia su teléfono, pasaba las fotografías con el dedo.

—¿Qué le has dicho a tu mujer? —preguntó su amigo.

—Le he dicho que tenía que trabajar tres turnos.

Su amigo asintió con la cabeza.

—Yo también. —Metió la mano en el bolso—. Mira cuántos bocadillos me ha preparado.

\*



## Parte uno

Hold se sentó en un cajón puesto boca abajo, cortó el espinazo del pescado y dejó que la lancha cabeceara y se estremeciera a su alrededor en el agua. Lo apoyó contra la tabla de cortar y hundió la hoja del cuchillo detrás de las branquias, después lo giró con fuerza y lo deslizó a través de las espinas para sacar un filete. De no ser por el pedazo de lomo que le faltaba, hubiera dicho que el pescado seguía vivo.

Hold hizo un corte para sacar las espinas y las tiró al agua; después separó la carne de la piel y también tiró la piel. Cortó el filete en tiras del tamaño de un pulgar y se las fue comiendo una por una.

De vez en cuando se frotaba la protuberancia del pulgar, donde algo que se le había metido debajo de la piel formaba una pequeña ampolla.

Miró el cuchillo y lo pasó por el pantalón para limpiarlo. Probó el filo con la yema del pulgar y con los pelos del brazo. Alzó la vista hacia los acantilados, hacia las pálidas gaviotas que salían volando en círculos.

Danny le había dejado el cuchillo. Tres años atrás. Hold había decidido que se lo daría a Jake cuando el chico tuviera edad suficiente.

Por ahora, era como si seguir usándolo fuera vital para no dejar de sentir al amigo a su alrededor.

\*

Hold levantó las nasas con la pesca y dejó que la lancha flotara, anclada hasta cierto punto por el peso de la cuerda que unía las nasas en el agua. Estaba a unos pocos cientos de metros de la costa.

Volcó los langostinos en el barril, no dejaban de moverse y chasquear. No había lógica que explicara por qué algunas de las trampas tenían langostinos y otras no. Se los imaginaba mordisqueando, probando, sopesando la trampa. Hacía falta incitarlos a entrar, darles algo que los motivara; pero una vez dentro ya estaba. No había vuelta atrás.

Hold puso otras vez las carnadas en las trampas —el jurel y el arenque salados de antemano— y después preparó la lancha y volvió a desenrollar la cuerda en el mar. Se oía el agradable ritmo del motor y el chapoteo de las nasas al golpear rítmicamente contra el agua.

Revisó el barril con gestos mecánicos, eligió los langostinos más pequeños y los arrojó por la borda, preguntándose cómo se sentirían durante ese instante en el aire, ese elemento para ellos tan ajeno. Después levantó unos baldes con agua marina, llenó el barril y le puso la tapa.

Lanzó las cuerdas al agua y fue a buscar las trampas para langostas, que acababa de usar por primera vez en esa temporada. En la primera había una langosta enorme, y le sorprendió verla con la carnada fresca. En las demás, con las espinas llenas de algas y basura, había centollas. Era muy raro verlas en estas fechas, tan pronto, pero ahí estaban.

Sacó la langosta y la puso en un contenedor, y luego sacó las centollas. Sus caparazones tenían percebes incrustados, parecían

castañas. Se preguntó si el hecho de encontrar centollas en esta época del año se debía a alguna perturbación, quizá por la draga de ostras de los barcos pesqueros mar adentro, o quizá el agua estaba más caliente. *Simplemente no hay reglas. La única regla es que el mar siempre te va a sorprender.* Eso era algo que sabía muy bien, no había promedios, en la pesca no había leyes.

En el camino de regreso, Hold cogió cinco o seis de los pescados, los apoyó sobre la borda y les quitó las escamas con el canto del cuchillo, antes de filetearlos y guardar la carne en una caja.

Podía sentir la dirección de la lancha solo con el cuerpo.

Cuando sacó los filetes, fue quitando y apilando los intestinos. Después cortó la carne traslúcida y los pedazos de piel metálica, les cortó la cabeza desde la columna, y tiró todo en uno de los contenedores con la carnada.

Arriba había aparecido una hilera de gaviotas. Arrojó la pila grisácea de intestinos por la borda y los pájaros se zambulleron en el agua a buscarlos. Había algunas gaviotas jóvenes y grisáceas entre las adultas, bien blancas. Las más jóvenes tenían ojos marrones más expresivos, con algo casi de mamífero, mientras que los de las adultas eran fríos, amarillos, como si en ellos algo se hubiera apagado.

Llenó un balde con agua y limpió de la borda las escamas y la sangre color óxido, también la tabla y el cuchillo. Luego se limpió la sangre y las escamas de las manos. Podía sentir que el mar se estaba picando, que algo ganaba fuerza a cientos de kilómetros de distancia.

Hold maniobró la lancha hacia el muelle, podía sentir cómo la embarcación remontaba el pequeño oleaje que se formaba en la boca del puerto. Las gaviotas que lo seguían se detuvieron como si hubiera una especie de frontera.

Se veían algunos turistas, y se escuchaba el tráfico más pesado de la carretera incluso por encima del motor de la lancha, que zumbaba y salpicaba mientras bajaba las revoluciones. Empezó a oler cuando lo puso en reversa, lo dejó encendido y arrojó la soga.

—¿Cómo está el mar?

El dueño de la lancha estaba en el muelle, esperando.

—Se está picando un poco.

Algunos turistas se detuvieron en el muelle y se quedaron mirando la lancha, los cables enrollados, los pescados, las centollas y la langosta grande.

El dueño miraba las cajas de pescado en la lancha. Todavía no habían empezado a perder el color.

—¿Mañana?

—La lancha es suya —dijo Hold desde abajo.

—El que la saca es usted —dijo el hombre.

Hold miró el mar, que se alzaba ligeramente por el oleaje.

—Puedo sacarla mañana.

Cargaron la pesca en el muelle y el dueño entró al hotel.

El gerente quería el pescado y la langosta. Pagó en efectivo. El dueño de la lancha lo anotó en un talonario de recibos. Después descontó el porcentaje, agregó la tarifa, anotó el total y se lo dio a Hold.

—Saqué unos filetes —dijo Hold.

—Está bien —dijo el hombre.

La marea había traído unos grandes salmonetes que picoteaban la pared sumergida. A la gente le llamaba la atención. Hold se los quedó mirando a través del aceite que salía del motor de la lancha y que formaba colores en el agua, como un arcoíris.

—¿Quieren tomar algo, chicos? —preguntó el gerente del hotel.

Los dos rechazaron la invitación.

—¿Me podría conseguir conejos? ¿Una docena? —le preguntó el gerente a Hold—. Para el viernes.

—Bueno —dijo Hold—. Voy esta noche. Le traigo algunos.

Había luna llena, pero incluso si no era una salida muy productiva podría conseguir una docena.

—¿Quiere las centollas? —preguntó el dueño de la lancha.

A Hold lo inquietaba que hubiera centollas en esa época. En general aparecían en mayo. Ahí, en la pared del muelle, se las veía fuera de lugar.



El gerente del hotel las miró y volvió a mirar hacia el hotel, dubitativo.

—Se mueven muchísimo.

—Han venido temprano. Muy temprano.

—Las compro —dijo el gerente—. Las cocinamos.

—Como quiera —dijo el dueño, y miró a Hold como para corroborar.

Hold se encogió de hombros. Volvió a rascarse la lastimadura del dedo con la uña, intentando ver qué tenía debajo de la piel. Una espina de pescado, pensó. O una astilla de la borda.

Hold se quedó de pie en medio del vapor que salía de la pequeña ducha, viendo cómo la humedad suspendida se arremolinaba delante de la ventana de la caravana. Por la ventana se veía la casa en obras, todavía a medio hacer.

—Sí, claro. Voy a seguir arreglándola. Voy a seguir.

Hold se había sentado al lado de la cama, mientras su amigo parecía consumirse ante sus ojos, sin que él alcanzara a procesar la situación.

—Voy a seguir.

Desde entonces, había invertido en cosas para la casa, y avanzaba, poco a poco. Había decidido que sería un proyecto a muy largo plazo, pero entonces vino el golpe. La hermana de Danny se iba a divorciar. Quería su parte del dinero de la propiedad. Era un obstáculo gigante, definitivo, insuperable.

La casa había sido de los abuelos de Danny. El sueño de Danny era poder reconstruirla y mudarse un día, como reclamándola para sí.

Ahora la iban a demoler, a reconstruir y a vender al mejor postor, casi seguro como segunda residencia.

Yo podría evitarlo, si tan solo tuviera la oportunidad, pensó. Si tan solo se presentara una oportunidad. Solían bromear sobre el ámbar gris. Sobre la posibilidad de encontrar un montón de ámbar gris en la playa. Con eso hubiera bastado. Danny tenía fe. Algo iba a aparecer de la nada. Siempre lo creyó.

Y entonces algo apareció de la nada, pero no fue lo planeado.

Tenía la camisa arremangada.

—¿Cómo ha ido el banco? —le preguntó Hold a Cara.

Ella sacudió muy ligeramente la cabeza.

Él apoyó el té y abrió una puerta de la alacena para que ella no pudiera ver su fugaz expresión de furia.

—¿Cómo estaba hoy el mar? —le dijo ella.

Él estaba revisando las alacenas como si el lugar fuera suyo.

—Picado. ¿Dónde está Jake?

—Salió en bici. ¿Estás buscando galletas?

Por el tono, parecía estar disculpándose porque no había.

—Está bien.

Se miró la lastimadura del pulgar, cada vez más hinchada.

—¿Tienes una aguja?

Cara le cogió la mano y la miró.

—Todavía le falta. Te vas a pinchar por nada.

Hold asintió con la cabeza.

—¿No me harías el favor de arreglar la ventana? —preguntó ella.

Hold fue al cobertizo y dejó el candado, todavía con la llave adentro, en el estante junto a la ventana rota. Los pedazos de cristal habían caído del estante al suelo, y Holden podía ver las piedritas cubiertas de asfalto que habían entrado por el agujero.

El polvo se había acumulado en los otros paneles de cristal, y parecía escamoso bajo ese sol crepuscular. En las esquinas de la ventana, la luz se veía vagamente azulada a través de las telarañas.

Hold levantó las piedritas y las tiró por la puerta, barrió los pedazos de cristal del estante.

Podía sentir la presencia de Danny. O más bien su ausencia.

El recorte de periódico sobre el ámbar gris seguía colgado, descolorido, con los hombres victoriosos sonriendo en la foto. Danny ya estaba más allá de todo “quizás”. El ámbar gris. Los “¿qué pasaría si...?”. El recorte parecía tan frágil que se resquebrajaría si lo tocaba.

*Ya sé lo que va a pasar. Ella va a hacer todo lo posible para seguir adelante, para pensar en positivo. Pero a la larga le afectará el cansancio. Y va a terminar exhausta, desgastada, rendida.*

“Debería haber sido más firme”, se dijo a sí mismo. “Debería haber insistido para que fuera al médico. Debería haber insistido más”.

Vertió los tornillos de un recipiente al otro para vaciarlo y puso los cristales rotos dentro, acuclillándose y levantando los pedazos más grandes del suelo.

Hold revisó una pila de maderas, eligió una tabla de aglomerado y cogió una sierra que colgaba de un clavo. Encontró un metro en el estante donde estaban las herramientas más pequeñas.

Cortó un pedazo de madera del tamaño del panel de la ventana, lo midió con el metro oxidado y marcó las medidas con un clavito. Después encajó la pieza en el agujero.

—No es bueno que los dos estemos así —dijo, y trató de pensar en otro tema.

Le dio un empujón distraído a uno de los postes para probar la solidez del cobertizo, o tal vez para probar la suya.

*Me pregunto si Jake viene aquí. A rodearse de las cosas de su padre. Me pregunto si sabe dónde está la llave y si viene y se siente bien.*

Hold miró lo que había. *Son tan raros los restos que dejamos.* En el rincón, los paneles hexagonales de un nido de avispas caído, cáscaras de papel.

Miró la vieja neverita para las carnadas, picada y manchada de óxido, la abrió para revisarla y, al ver que estaba vacía, buscó el cable y la desenchufó.

Levantó el viejo detector de metales, lo encendió para ver si funcionaba y lo movió un poco. El aparato pitaba al acercarlo al metal. Pero de alguna forma era como si Danny fuese lo que la máquina detectaba.

—¿Por qué no te quedas a cenar? —dijo ella.

—Hay que controlar las redes.

—No significa que no puedas cenar.

—¿Vas a salir a cazar esta noche? —preguntó el chico.

—No, Jake —dijo la madre, para que no empezara otra vez con lo mismo.

—Sí.

Hold sintió que Cara lo miraba.

—No creo que hoy tenga mucha suerte —agregó él, para disuadirlo—. Hay mucha luna. Pero al menos eso es bueno para las redes.

El chico lo miraba.

—¿Y por qué no es bueno para cazar?

—Si te vas a quedar, basta de cháchara —dijo Cara.

—Ya tiene edad —dijo él, después de cenar.

Hold estaba jugando con el salero, haciendo aros de sal en el mantel y dándoles distintas formas con el dedo. Después dejó el salero a un lado.

—Tampoco lo dejaría disparar. Solo me acompañaría.

—Mañana hay clases.

—Va a seguir insistiendo —respondió él, tocándose la lastimadura del pulgar, tratando de ver qué había debajo de la costra—. Me acompañaría, vería lo que hago. Quizá no le gusta y deja de insistir.

Ella asintió con la cabeza.

—Está bien.

Después ella salió y terminó de recogerlo todo.